La crisis del euro comenzó en Grecia, ¿dónde terminará?

Los griegos contemplan el hundimiento de su economía, el regreso de la pobreza y el auge de los partidos extremistas. Los primeros responsables están en Atenas, y también en las instituciones de la UE.

Loukas Tsoukalis

En el principio fue el estallido de la mayor burbuja financiera desde la Gran Depresión. Y la mayoría de ciudadanos de Europa creyeron –o querían creer– que aquello no iba con ellos. A día de hoy, sabemos que estaban fatalmente equivocados. La crisis se extendió a toda velocidad por el sector financiero, el más globalizado de la economía mundial. A continuación se propagó a la economía real, provocando contracciones inauditas en los PIB de América del Norte y Europa desde los años veinte y treinta del siglo XX.

Lo que había comenzado como una crisis financiera occidental –que solo indirectamente afectaría al resto del planeta– se convirtió más adelante en crisis europea, concretamente en crisis de la zona euro. Los ciudadanos (y los mercados) comenzaron a darse cuenta de lo que supone tener una divisa sin Estado en tiempos difíciles. Grecia hizo las veces de catalizador en esta transformación, pese a su relativamente reducido volumen económico, equivalente al dos por cien del PIB de la zona euro. La razón es que en ese momento sufría una nefasta combinación de tres tipos de déficit: un gran déficit presupuestario, al que se sumaba una deuda pública ya considerable; un déficit en la balanza de pagos igualmente elevado y de todo punto insostenible (en otras palabras, déficit de competitividad); y un grave déficit de credibilidad, pues los políticos griegos se habían mostrado

Loukas Tsoukalis, profesor Jean Monnet de Integración Europea en la Universidad de Atenas, es presidente de la Fundación Helénica para la Política Europea y Exterior (Eliamep, Atenas).



El Partenón bajo la amenaza de tormenta (Atenas, 31 de octubre de 2011). GETTY

reiteradamente esquivos con la verdad y habían hecho gala de una excesiva "creatividad" en las estadísticas. Grecia no era el único país de la zona euro –ni del mundo– aquejado por esos tres déficit. Pero, sin duda, estos se combinaban de forma especialmente negativa en el país mediterráneo justo cuando los mercados sufrieron un nuevo ataque de pánico. Los gobiernos, en particular el griego, se tomaban las cosas con calma, sin darse prisa por controlar una situación que, no obstante, reconocían muy complicada.

Ciertamente, en Grecia se había producido una mala gestión por parte de la administración, incluso para los estándares de un sistema político típicamente clientelar. La integridad de la clase política griega se desmigajaba a marchas forzadas y la cultura del *enrichissez-vous* (enriquecerse a uno mismo) se hizo general tras muchos años de prosperidad en acelerado crecimiento. Por su lado, la pertenencia a la Unión Europea, y en particular el euro, se percibía como un todopoderoso paraguas contra la adversidad. A Europa y al euro se les consideraba fuente de dinero gratis o muy barato, y no agentes reformistas.

No siempre había sido así. Grecia llevó a cabo una notable transformación a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Partiendo del subdesarrollo económico y unas

instituciones democráticas profundamente viciadas, rayanas en lo dictatorial, se alcanzaron un nivel de vida alto y la madurez de la democracia. Antes del estallido de la crisis, Grecia se encontraba entre los primeros 25 países del mundo, según los indicadores de nivel de vida de las Naciones Unidas. Algunos nos atrevimos a vaticinar que aquella situación sería efímera, porque la prosperidad griega no se correspondía con la capacidad productiva de su economía y era por tanto insostenible. Pero a los portadores de malos augurios no se les suele escuchar mientras la fiesta dura.

Grecia es el país que desempeñó un importante papel en la estabilización de la región balcánica tras el hundimiento de los regímenes comunistas. En 2004 organizó los muy exitosos, aunque extremadamente caros, Juegos Olímpicos. Hacía varias décadas que un país de su tamaño no acogía la competición. Gracias a los juegos, además, los bancos y empresas griegos consolidaron su posición en la región. El país heleno, por un lado, cuenta con una élite cosmopolita muy presente internacionalmente en la escena artística y científica, en las finanzas y el transporte marítimo que, sin embargo, apenas se implica en el gobierno del país. Por otro, Grecia adolece de un aparato estatal muy deficiente. Alcanzado hace apenas unos años el clímax del éxito y la seguridad en sí misma, Grecia terminó por los suelos de un día para otro y ahora se la da por perdida. La caída ha sido dura, repentina y dolorosa, y los ciudadanos griegos son conscientes de que el asunto va para largo. Es una sociedad profundamente conmocionada y cada vez más sumida en la desesperanza.

Los primeros responsables del descarrilamiento de las finanzas públicas griegas y la pérdida continuada de competitividad desde la entrada en la zona euro son quienes gobernaban el país, e indirectamente quienes les confiaron su voto: en otras palabras, la sociedad griega en general, pese a sus grandes desigualdades y diferencias. Si se trata de echar la culpa a alguien, no podemos ceñirnos a los políticos griegos y a sus votantes. Parte de la responsabilidad recae sobre las instituciones de la UE y sobre los socios europeos de Grecia. Los sucesivos gobiernos griegos mantuvieron que las finanzas públicas estaban en orden y que las reformas eran inminentes, y sus socios europeos fingieron creerlos por razones diversas.

Pero, insistamos, el caso de Grecia no es único. Se produjo una falla en el sistema: es evidente que el mecanismo de vigilancia del euro fijado en el Tratado de Maastricht no

funcionó. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC) resultó inadecuado desde su puesta en marcha, amén de aplicarse incorrectamente. De haberse implementado tal y como se dispuso en su origen, la crisis griega podría haberse evitado. Pero es obvio que el PEC no estaba diseñado para poner remedio a burbujas originadas en la esfera privada, como las de España o Irlanda. Cuando golpeó la crisis, descubrimos (o se nos recordó) que la UE no disponía de ningún mecanismo para abordarla, pues algunos temían el riesgo moral.

El mercado fracasó de forma manifiesta. Los gobiernos griegos, entre otros, siguieron pidiendo prestado a tipos de interés muy reducidos, en ocasiones a un tipo de interés real negativo. El diferencial con el bono alemán se mantuvo bajo durante años, de manera que para los mercados la deuda pública griega presentaba casi el mismo riesgo que la alemana. Los mercados no se molestaron en estudiar las cifras ni quisieron hacer preguntas incómodas. En honor a la verdad, hay que decir que la posibilidad de que se dieran impagos de deuda pública entre los miembros de la zona euro no ha empezado a preocupar hasta hace bastante poco. Antes entraba en la categoría de los "impensables".

Asimismo, la crisis evidencia el gran error cometido por la ciencia económica y sus profetas. La hipótesis de la eficiencia de los mercados, que presupone la racionalidad de los actores económicos, quienes además deberán estar perfectamente informados, constituyó la base intelectual de la desregulación financiera en Occidente. Sin embargo, se demostró que sus postulados apenas acertaban a explicar la realidad de los mercados financieros, en los que la codicia y el riesgo moral se combinan en un cóctel explosivo, potenciado por un primitivo instinto gregario. Podríamos, en efecto, preguntarnos en qué mundo viven los autores de esas teorías (algunos de ellos, no obstante, galardonados con el premio Nobel). El poder financiero con frecuencia se traduce en poder político. Lo sabemos porque ha ocurrido a lo largo de la historia: son multitud los casos de políticos secuestrados por grupos de presión financieros. No estaban solos; muchos académicos se mostraron especialmente proclives al pensamiento mayoritario, lo cual en ocasiones tenía que ver con el interés pecuniario.

La realidad y lo 'impensable'

Desde que estalló la crisis han ocurrido muchas cosas impensables. Y a gran escala. La crisis es, después

de todo, la madre del cambio. Ayuda a transformar lo impensable en realidad. Es lo que ha ocurrido en Grecia y en otros de los países más vulnerables de la zona euro, que han seguido su estela hacia el desprestigio financiero. Ha ocurrido también, de manera inevitable, a nivel europeo, lo que ha llevado a adoptar medidas que hace poco tiempo ni se planteaban. El problema es que las medidas tanto nacionales como de la UE han llegado casi siempre tarde, se han aplicado de manera deficiente y apenas han recibido apoyos en el sistema político europeo, altamente descentralizado. En consecuencia, los mercados las han juzgado insuficientes. Mientras tanto, un número creciente de críticos ha comenzado a sospechar (con argumentos) que la estrategia general adoptada se sustenta sobre principios erróneos.

Los socios de Grecia en la zona euro han organizado dos programas de apoyo financiero para el país con la participación del Fondo Monetario Internacional (FMI): uno de 110.000 millones de euros y otro de 130.000 millones, que se entregarán a lo largo de varios años. Se han impuesto al país condiciones estrictas sobre ajustes fiscales y reformas estructurales, cuyo cumplimiento supervisará de cerca la troika, integrada por representantes de la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el FMI. El BCE también ha ofrecido apoyo directo a los bancos griegos, víctimas de la crisis de deuda soberana y no al revés, como ha ocurrido en España e Irlanda. En resumidas cuentas, Grecia lleva desde 2010 dependiendo de un apoyo vital por parte de la UE y el FMI, en cantidades sin precedentes para una crisis sin precedentes.

Se rompió un tabú aún más arraigado cuando los líderes de la zona euro procedieron en octubre de 2011 a un "recorte de valoración voluntario" de no menos del 50 por cien del valor hipotético de la deuda griega en poder de entidades privadas, el equivalente a 200.000 millones de euros. Una de las muchas ironías –que ha roto todas las convenciones– es la diligencia del entonces primer ministro griego, Lukas Papademos, al pedir la aplicación de esa medida tras haberse opuesto públicamente a ella cuando gobernaba el Banco de Grecia. Y eso no es todo. En noviembre de 2012, los ministros de Economía de la zona euro acordaron reducir los tipos de interés y prorrogar el vencimiento de los préstamos oficiales a Grecia. Decidieron, asimismo, prestar dinero al país heleno para recomprar los bonos del Estado restantes a precios reducidos en el mercado secundario y también devolverle los beneficios

obtenidos por el BCE y los bancos nacionales, gracias a bonos de ese tipo comprados anteriormente. Todas estas medidas, aplicadas una vez aprobada la participación del sector privado en el recorte "voluntario", van encaminadas a hacer más sostenible la deuda griega. Es seguro que nos quedan cosas por ver.

Mientras tanto, Grecia ha reducido su déficit presupuestario en ocho puntos porcentuales con relación a un PIB que se ha contraído rápidamente en tres años, algo que ningún otro país de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) había hecho en décadas. Grecia espera alcanzar el superávit primario en 2013. Asimismo, ha impuesto una significativa reducción en los salarios, medida de devaluación interna pedida por el FMI y los acreedores europeos, como medio para restablecer la competitividad de la economía. Por desgracia, el efecto sobre los precios ha sido notoriamente menor debido a diversas distorsiones en el mercado interno. El nivel de vida ha caído también abruptamente: la reducción del PIB desde 2008 superaba el 20 por cien a final de 2012, y en 2013 se espera todavía crecimiento negativo. La tasa de desempleo es del 26 por cien, y subiendo, y el paro juvenil alcanza cifras astronómicas. No es de extrañar que los ciudadanos estén desesperados y que el número de suicidios vaya en aumento. El viejo orden político se cae a pedazos mientras los demagogos y los partidos de ideología extremista ganan fuerza.

No hay duda de que la economía griega está atrapada en una espiral de austeridad y recesión. La consolidación fiscal, unida a una severa restricción monetaria debido a la falta de liquidez bancaria y el riesgo percibido por los mercados en el país, ha hecho que la economía entre en barrena. El FMI reconoce ahora que los multiplicadores fiscales en Grecia, y en el resto de países de la periferia europea con planes de austeridad, son mucho mayores de lo que se había pensado, de manera que el objetivo de reducir el déficit presupuestario en comparación con el PIB se convierte en un ejercicio en parte contraproducente, debido al efecto enormemente negativo sobre la producción. Cierto es que los gobiernos griegos se han mostrado poco expeditivos en la reforma estructural, especialmente en la reforma de un Estado sobredimensionado e ineficaz (y fehacientemente corrupto) que sigue representando un gran obstáculo al desarrollo económico. Esto está por fin cambiando gracias a la presión ejercida por los acreedores de Grecia, aunque la experiencia internacional sugiere que las tan

necesarias reformas estructurales son muy complicadas desde el punto de vista político cuando la economía se contrae (o se hunde).

¿Hay salida?

Existe un problema griego, como existe un problema irlandés, otro portugués y otro español, por mencionar solo cuatro. El griego es distinto, quizá más difícil e inmanejable que los otros. Pero todos esos problemas nacionales están directamente vinculados con un problema sistémico de la zona euro, que a su vez ha adquirido proporciones mucho mayores debido al estallido de la gran burbuja financiera de Occidente.

Acometer dichos problemas exige medidas nacionales y europeas (también internacionales). Ha llevado mucho tiempo asumir esa necesidad y aceptar políticamente todas sus consecuencias. El problema griego es importante y no tiene fácil solución: solo los demagogos y los ingenuos en materia económica pensarían lo contrario. No obstante, la agonía se ha visto prolongada y el dolor se ha agudizado entre todos los afectados, mientras la ineptitud de la clase política griega colisiona contra la incoherencia de las políticas europeas y el fundamentalismo de los pontífices de la ortodoxia económica. Los mercados financieros contemplan la escena desde su casa de locos.

Los griegos tienen que responsabilizarse de un amplio programa de reformas. Se trata de una condición necesaria aunque insuficiente para salir de la crisis. Grecia necesita, entre otras cosas, tiempo, dinero y un entorno exterior más propicio al crecimiento. Europa puede proporcionar las tres cosas dentro de un gran acuerdo que llevaría la integración regional a un nuevo nivel y que, por supuesto, conllevará el cumplimiento de determinadas condiciones. La consolidación fiscal y la reforma estructural son insoslayables, pero debe reconsiderarse la secuencia y ritmo de su aplicación. Los programas de rescate deben ser también objeto de un nuevo examen a la luz de una recesión cada vez más profunda. Ha de hacerse más hincapié en el crecimiento. Tras la reestructuración, una de las condiciones previas más importantes será la pronta recapitalización de los bancos. La gente ya discute abiertamente la sostenibilidad de la deuda, pero todavía no están preparados para tomar las medidas necesarias y abordar la cuestión de forma definitiva. El problema de la deuda no desaparecerá por sí solo. Cuanto más tardemos en reconocer su existencia, más altos serán los costes y el dolor. Naturalmente, la

distribución de los costes (y el dolor) continúa siendo un asunto enormemente sensible.

Europa necesita convencerse de nuevo de la irreversibilidad de su unión monetaria y para ello debe primero abordar un problema doble: por un lado, el miedo al riesgo moral que reina en los países acreedores (es decir, a que el dinero prestado a países con problemas caiga en un pozo sin fondo); y, por otro, el riesgo de convertibilidad (o nacional), traducido en una prima de riesgo que, en el caso de los países endeudados, se alimenta de las percepciones autosuficientes del mercado y conduce a su vez a la desintegración del sector bancario y financiero europeo. La divergencia económica entre países acreedores y deudores se acentúa, mientras que la integración europea se percibe como un juego de suma cero o incluso negativa. Esto debe cambiar urgentemente.

Existe un consenso cada vez más amplio sobre lo que debe hacerse a escala europea. La lista incluye una unión bancaria, una mayor integración fiscal (incluida la coordinación eficaz de políticas fiscales) combinada con una mutualización de la deuda parcial y gradual, así como mayores avances en la unión política. Se multiplican también las opiniones a favor de las políticas más orientadas al crecimiento, cambiando así el equilibrio entre estabilización y crecimiento, priorizando este último. Ciertamente, los problemas más peliagudos surgen en los detalles, y los políticos se ven tentados a dejar las decisiones difíciles para después.

"Señor, dame la virtud, pero todavía no", decía San Agustín. Hay mucho en juego. Si no se logra atajar de forma eficaz la peor crisis económica desde la Segunda Guerra mundial podría haber consecuencias mucho más amplias para Europa y el resto del mundo. La integración de Europa sería por seguro una de las principales víctimas.